

fuentes, sobre un momento crucial para entender la conformación de la sociedad occidental durante varios siglos, también en lo que a la educación respecta. Debe destacarse igualmente que se ha elaborado un segundo volumen, que contiene una extensa colección de documentos, así como varios índices, algo por desgracia hoy infrecuente. Ante tal exhibición de trabajo, erudición y bien hacer, sólo cabe esperar que esta obra tenga el eco que merece. Por mi parte, felicito a quien ha tenido la generosidad de regalarnos esta magnífica ocasión de aprender y el valor suficiente para mostrarnos un camino que seguir.

Javier Laspalas
Universidad de Navarra

Santos, M. A. (Ed.) (2015).

El poder de la familia en la educación.

Madrid: Síntesis, 260 pp.

Miguel A. Santos, catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela, edita este libro con la colaboración de dieciséis autores; organizándolo en diez capítulos, además de la introducción y bibliografía correspondientes.

En dicha introducción, él mismo sintetiza el contenido de la obra, aclarando que el poder de la familia al que se aboca en sus páginas no es sino la influencia con que esta institución contribuye a la educación de sus miembros, sin olvidarse de la diversidad de cambios que se han producido y que, a distintos niveles, la han transformado. Entre otros aspectos, adelanta el efecto que esto tiene sobre el rendimiento académico del alumnado o la eficacia de iniciativas que apoyen a la familia en sus retos educativos.

En el capítulo primero, Juan Escámez atestigua que, tras un cambio de época, nos encontramos ante una modernidad más reflexiva con un orden moral e imaginario social nuevos que, de alguna forma, repercuten sobre la familia y sobre ciertos procesos en que esta indiscutiblemente contribuye: construcción de la identidad y desarrollo de lo que él denomina capacidades centrales. En consonancia, hace explícita la posición ambigua en la que se sitúa cuando se cuestiona si la educación que en ella se profesa, favorece o no estos procesos, y recopila también algunas líneas de actuación al respecto.

En el segundo capítulo, Gonzalo Musitu profundiza en el proceso de socialización y en la familia como contexto ineludible a tal efecto. Bajo esta premisa, hace un análisis del mismo mencionando objetivos, bidireccionalidad dada -de padres a hijos y de hijos a padres- y contribuciones científicas que, desde

distintas dimensiones, arrojan luz sobre este campo de estudio y, puntualmente, por su influencia en el ajuste psicosocial de sus hijos, sobre el estilo de socialización parental; examinándolo con ahínco para la etapa de la adolescencia por ciertas conductas violentas que pueden llegar a darse.

Antonio Valle y otros, en el tercer capítulo, abordan la crisis que enfrenta nuestro sistema educativo y lo hacen relacionándola, no con cambios que experimenta a nivel de estructura y funcionamiento sino con la transformación que sufre ante valores sociales y familiares recientes. En este sentido, y aun contemplando esto como fuente de ciertas mejoras, atienden a lo que llaman sombras de la realidad educativa y más, a aquellas que surgen según la familia eduque, se implique y fomente la motivación académica de sus hijos; facilitando pautas para que esta lo haga activa y positivamente.

En el capítulo cuarto, Aurora Bernal profundiza en la relación familia-rendimiento académico, considerando la primera y, en concreto, la educación que se da en ella como soporte efectivo de lo segundo; lo que le lleva a analizar hallazgos que, desde distintas condiciones y categorías de implicación, responsabilidad y apoyo parentales, aportan al respecto evidencias de interés. Las indicadas categorías se exploran dentro y fuera de casa, deteniéndose aquí en la participación de la familia en la escuela, en la importancia de un coproyecto educativo y en la formación dirigida a padres, que puede promover la explotación real de lo que la educación ofrece.

Carmen Palmero y otros abordan también, en el quinto capítulo, la influencia de la familia en la educación de sus hijos, otorgándole suma relevancia en lo que a su éxito académico se refiere. De ahí que desarrollen, desde un enfoque digamos teórico, alguna conclusión conforme a varios estudios que conjugan variables propias de la familia, de su calidad de vida, con el éxito educativo de sus hijos, al tiempo que exponen datos de un estudio piloto relacionado.

Agustín Godás trata, en el capítulo sexto, la participación y la implicación de la familia; siendo dos piezas clave en la promoción de resultados académicos positivos del alumnado. El autor comparte modelos que analizan, desde distintas perspectivas y variables, ambos procesos, sus efectos en el rendimiento educativo de los estudiantes y posibles actuaciones al respecto; seleccionando también investigaciones metaanalíticas que, en esta línea, aportan resultados objetivos.

Muy acorde a ideas mencionadas, Diana Priegue aborda la estrecha relación entre familia y rendimiento académico del alumnado, si bien en ella contempla el fenómeno migratorio; presentando estudios relacionados y desarrollando teorías sobre la influencia de factores familiares en el éxito del estudiante autóctono y, más detalladamente, del alóctono, lo que le lleva a plantear, sabiendo que existen

diferencias significativas entre unos y otros, la importancia de estrategias que promuevan en este sentido más opciones para el colectivo migrante.

En el capítulo octavo, María José Buceta incorpora un matiz distinto y centra su parte en la denominada atención temprana. En consonancia, resume algunos modelos de intervención que se han modificado, dejando atrás lo inflexible, hacia la incorporación más activa de contextos que, desde un enfoque ecológico, contribuyen a su efectivo desarrollo; resaltando la familia como el elemento insustituible e incorporando aspectos como su reacción ante el nacimiento de un hijo con necesidades educativas especiales y posibles orientaciones que podrían facilitárseles.

Bernardo Gargallo, quien escribe el noveno capítulo, conceptualiza de algún modo lo que sus lectores se encontrarán en el cierre de esta obra; especificando qué entiende por programa socioeducativo, cuáles son las características que promueven su calidad y qué evaluación debe aplicarse para conseguirla. En torno a esta última, no solo concreta su concepto, dimensiones, tiempos y características principales, sino también distintos modelos para hacerla; aportando mayores niveles de concreción sobre la evaluación que se desarrolla en programas específicos que trabajan por y para las familias.

En el último capítulo, Miguel A. Santos y Mar Lorenzo ilustran lo expuesto, pues la detallada descripción que realizan del Programa ECO-FA-SE tal parece que aúna el reconocimiento común a todos los autores anteriores, esto es, el interés de la educación dirigida a familias, y la creencia de que efectivamente la relación entre familia y éxito académico de sus hijos existe. En consonancia, resumen alguna idea teórica al respecto y detallan el proceso seguido para el diseño e implementación de ese programa, pasando por su evaluación y compartiendo evidencias que demuestran a sus lectores la eficacia y la efectividad del mismo.

Más allá de esta reseña, la lectura del libro se recomienda -quizá por su estilo formal de redacción- al público formado en materia; si bien su contenido se considera de tal relevancia que no puede escaparse al interés, no solo de quienes depende, en la enseñanza reglada, la educación de nuestros hijos, sino de toda la población y más, de la familia que, sin duda, es casi la primera que debería ponerse al corriente de la influencia que ejerce sobre el resultado académico de sus hijos y, por qué no, sobre el repertorio de aptitudes básicas que estos desenvuelven día a día. En relación con ello, se apuesta por la creación, y el aprovechamiento por su parte, de iniciativas que apoyen a la familia en este sentido o en torno a cualquier otro reto que hoy pueda plantearseles.

Verónica García Díaz
Universidad de Oviedo